

Una reseña crítica metodológica de “The Clash of Civilizations?”, de Samuel P. Huntington

Fernando García Robles

El reciente artículo de Samuel P. Huntington relativo a política internacional¹ propone una hipótesis novedosa y provocadora, concerniente a la futura dinámica del sistema internacional en el periodo de la posguerra fría. La hipótesis se podría resumir en los términos siguientes: en el futuro la fuente fundamental y dominante de conflicto serán los factores culturales (o de civilización), relegando la ideología y la economía a los anales de la historia, de ahí el título “¿El choque de las civilizaciones?” Con base en dicha hipótesis, el autor busca elucidar los factores determinantes de conflicto internacional, y otros temas relacionados con éste. Entre estos últimos están incluidos la formación de coaliciones, la intensidad de los conflictos y su localización geográfica, y sus implicaciones para el sistema internacional.

El artículo ha sido objeto de críticas en la prensa mexicana al igual que en un reciente número de *Foreign Affairs*.² En nuestra reseña buscaremos contribuir al debate desde un punto de vista metodológico y teórico, sin ignorar las implicaciones generales del argumento del autor en materia de política exterior. Primero, será abordado el marco teórico del autor, el general y el específico, destacando sus problemas metodológicos. Segundo, se presentará su argumentación con respecto

¹ Samuel P. Huntington, “The Clash of Civilizations?”, *Foreign Affairs*, vol. 73, núm. 3, verano de 1993, pp. 22-49.

² *Foreign Affairs*, vol. 72, núm. 4, septiembre-octubre de 1993, pp. 2-26.

al carácter y naturaleza del efecto de la variable de civilización sobre el proceso de conflictos. Tercero, será analizada su perspectiva respecto a la dinámica de formación de coaliciones, y las contradicciones metodológicas y teóricas de su argumentación. Por último, se resumirán las deficiencias analíticas e inconsistencias metodológicas de la teoría desarrollada por el autor.

Marco teórico general

El marco teórico utilizado por el autor para desarrollar su hipótesis presupone que el sistema internacional se caracteriza por su principio ordenador de la "anarquía".³ En este sistema los estados constituyen los actores principales (p. 22). El autor otorga una limitada importancia a la distribución de poder (capacidades) entre los estados (p. 29), e introduce una variable más. Dicha variable es la de civilización y tiene un papel central, estableciendo una distinción entre estados con base en sus raíces culturales, es decir por su pertenencia a civilizaciones específicas (p. 22). El factor de la distribución de civilizaciones en el sistema internacional se sitúa al mismo nivel que la distribución del poder, es decir, la modificación se mantiene al nivel sistémico. Sin embargo, sus implicaciones para la dinámica de conflicto en el sistema son determinantes y su efecto es el de relegar la distribución de poder a un papel subalterno, el cual nunca es claramente definido.

Marco teórico específico

Para Huntington, la variable de civilización se define conceptualmente como la agrupación cultural más general de los pueblos (pp. 23-24). En el nivel operativo, la variable incluye elementos objetivos y el elemento subjetivo de autoidentificación del pueblo.⁴ De acuerdo con dicha definición, el autor expone las civilizaciones y categorías de estados que él considera como existentes. Las civilizaciones son siete, posiblemente

ocho: la occidental, confuciana, japonesa, islámica, hindú, ortodoxa-eslava, latinoamericana y, posiblemente, africana (p. 25). En vista de que el autor nunca aborda el problema de cómo medir la variable de civilización, nunca llega a plantear la cuestión de clasificación y delimitación geográfica entre las civilizaciones (distribución de civilizaciones respecto a pueblos y a estados).⁵ El problema es marginado mediante afirmaciones generales que sostienen que los pueblos redefinen sus identidades y, como resultado, la composición y las fronteras entre las civilizaciones, cambian (p. 24). Las civilizaciones son dinámicas, se combinan y traslapan, ascienden y caen, se dividen y emergen, desaparecen, y pueden incluir, además, subcivilizaciones (p. 22).

Las tres categorías de estados propuestas son los miembros, los miembros asociados y los países desgarrados. La pertenencia de un Estado a una civilización dada se determina con base en la definición operativa de la variable de civilización, es decir, mediante un proceso de autoidentificación del pueblo de acuerdo a elementos objetivos y subjetivos culturales. Respecto a los miembros asociados, el autor nunca proporciona los elementos que definen dicha categoría. La única y vaga referencia que hace concierne al caso de Japón que, según el autor, ha establecido para sí mismo una posición única como miembro asociado del Occidente: siendo parte de este último en algunos aspectos pero claramente ajeno a dicha civilización en dimensiones importantes (p. 42). En contraste, los países desgarrados se definen con base en elementos específicos (p. 45) y se caracterizan por un considerable grado de homogeneidad cultural, aunque se encuentran internamente divididos con respecto a su pertenencia a una u otra civilización. Mientras que sus líderes desean perseguir una política de alianza con Occidente, su historia, cultura y tradiciones no son similares a las de dicha civilización y obstaculizan dichos esfuerzos. Los tres casos que se citan son el de Turquía, México y Rusia (pp. 42-44).

De una comparación entre los criterios empleados para definir las categorías de miembro asociado y de país desgarrado, se desprende que en el segundo caso el autor introduce un criterio de política exterior. Por lo tanto, la clasificación no está solamente determinada por variables sistémicas, sino por una (o unas) de naturaleza interna que definen las decisiones de política exterior, variables que nunca son especificadas por Huntington. Esto contradice su intención de transformar a la

³ Kenneth N. Waltz, *La teoría de la política internacional*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1988, pp. 132-139 y 151-181.

⁴ "It is defined both by common objective elements, such as language, history, religion, customs, institutions, and by the subjective self-identification of people [...] The civilization to which he [the individual] belongs is the broadest level of identification with which he intensely identifies." Huntington, *op. cit.*, p. 24.

⁵ Véase Albert L. Weeks, "Do Civilizations Hold?", *Foreign Affairs*, vol. 72, núm. 4, septiembre-octubre de 1993, p. 25.

variable de civilización en el elemento determinante para los estados, y su posición en el sistema internacional.

En relación con las tres categorías descritas, la variable de civilización (e implícita o explícitamente la de poder) es necesaria para explicar la posición de un Estado en una de ellas. La importancia relativa de la variable poder nunca es elucidada en términos operativos. Por lo tanto nunca queda claro cuál es su papel, y en qué grado influye en la determinación de la posición de un Estado. Dicha observación se aplica particularmente al caso de Japón y al de Rusia. No obstante que los dos son grandes potencias, y que Japón posee su propia civilización, su posición en el sistema se ve definida únicamente por similitudes que supuestamente comparten con el Occidente, no por referencia a sus características propias con base en las dos variables.

Existe, además, una contradicción en la definición operativa de la variable de civilización respecto a la dinámica de transición de "país desgarrado" a país miembro. Por un lado, para ser miembro de una civilización no sólo se requieren elementos objetivos sino también uno subjetivo, es decir un proceso de autoidentificación activa. Por otro lado, para que un "país desgarrado" logre la transición a país miembro basta la tolerancia pasiva del pueblo (p. 44). Como se desprende de esta comparación, existe una diferencia sustantiva entre el nivel requerido de participación activa de los pueblos en las dos instancias.

La variable de civilización: su carácter e importancia

Una contradicción, que atañe al carácter mismo de la variable de civilización, surge de uno de los seis argumentos que utiliza el autor para explicar la importancia de dicha variable y de su efecto sobre la dinámica de conflicto en el sistema internacional. Huntington considera que esta variable es determinante para explicar dicha dinámica argumentando, entre otras cosas, que las diferencias entre civilizaciones son básicas y más fundamentales que las diferencias entre ideologías y regímenes políticos, pues son el producto de siglos (su primer punto; p. 25). Es decir, estas características son de carácter estructural, y por implicación serían difíciles de modificar, aunque no imposible pues las civilizaciones son relativamente dinámicas.

No obstante, en vista de las definiciones de las categorías de país miembro y "país desgarrado", el proceso de cambio de una a la otra, para el autor, está sujeto hasta cierto grado a procesos políticos (p. 44).

Por lo tanto, la dinámica de cambio de civilizaciones puede ser controlada en corto plazo por los actores, sobrellevando los obstáculos supuestamente estructurales que representan las diferencias entre civilizaciones. Esta afirmación se opone a su observación relativa a que los factores culturales son el resultado de siglos (p. 25).

El autor también desarrolla otros cinco puntos para explicar la importancia de la variable de civilización y su efecto sobre la dinámica de conflicto en el sistema internacional. Argumenta que el aumento de interacciones entre los pueblos conlleva una agudización de sus propias identidades culturales, que a la vez intensifica las diferencias y animosidades entre ellos (su segundo punto; pp. 25-26). Dicha tendencia se ve reforzada por el hecho de que el proceso de desarrollo conlleva un debilitamiento de identificación a escala local y con el Estado, lo cual refuerza identificaciones religiosas (su tercer punto; p. 26). Estas últimas partes del entorno cultural discriminan tajante y exclusivamente entre pueblos (su quinto punto).⁶ A la vez, el incremento de interacciones entre pueblos, aunado al papel central de la religión en el ámbito cultural, transforman en una realidad tendiente a suma cero toda interacción estratégica entre los pueblos de distintas civilizaciones y sus estados (p. 29).

La implicación de dicha dinámica de civilización entre pueblos es que imposibilita o resulta sumamente problemático todo esfuerzo de reconciliación entre los estados. Esta argumentación se ve reforzada por el cuarto (pp. 26-27) y sexto puntos (pp. 27-29). En el primero de estos dos señala que el supuesto hecho de que el Occidente se encuentre en su cúspide de poder, que las demás civilizaciones tengan un poderío creciente y todos definan en términos de civilización sus intereses, no hace más que consolidar una realidad tendiente a suma cero. En su sexto punto argumenta que seguirá incrementándose la importancia de los bloques económicos regionales, tendencia que se reforzará por el efecto de la variable de civilización, la cual determinará la viabilidad de dichos bloques.

De los seis puntos mencionados se desprende una insuficiencia teórica básica. El proceso mediante el cual se lleva a cabo la identificación de interés de Estado a nivel sistémico, es decir supervivencia y promoción de intereses propios con los valores culturales del pueblo,

⁶ "Cultural characteristics and differences are less mutable and hence less easily compromised and resolved than political and economic ones [...] Even more than ethnicity, religion discriminates sharply and exclusively among people", Huntington, *op. cit.*, p. 27.

nunca es elucidada por el autor. El método que emplea para evitarlo es el de plantear como axiomática la equiparación entre el pueblo y su civilización en relación con el Estado y sus intereses sistémicos. Desde una perspectiva sistémica, la definición del vínculo causal entre distintos agentes con intereses (es decir, cómo los pueblos y sus valores culturales determinan la actuación del Estado y sus intereses) nunca se aborda. Las referencias que hace el autor a las "élites" en distintas instancias no son suficientes para esclarecer dicho problema ya que éstas se sitúan al nivel interno y no sistémico. Como se puede ver, los intereses de Estado, como tales, han desaparecido y se ven desplazados por valores de civilización de los pueblos. Dicha realidad está en contradicción con su argumentación respecto de que el Estado sigue siendo el actor principal a nivel sistémico.

Dinámicas de formación de coaliciones

Parecería que la variable de civilización busca no nada más elucidar la naturaleza de la dinámica entre estados a nivel sistémico, sino también proporcionarle un contenido específico a la política exterior de los estados, en particular en lo que concierne a la conformación de coaliciones internacionales específicas.⁷ En relación con dicho objetivo el autor enfrenta un obstáculo metodológico infranqueable que surge de la introducción de la variable de civilización principalmente a nivel sistémico, y del hecho de que también busca introducirla implícitamente a nivel interno por medio del papel de grupos culturales, particularmente en las "brechas entre civilizaciones" (supuestamente actores secundarios al nivel del sistema), y principalmente el de las "élites".

La visión del autor sobre la dinámica sistémica de la constitución de coaliciones entre estados con base en la variable de civilización, tiene por resultado que los estados dejen de ser hasta cierto grado entidades independientes, tendiendo a formar coaliciones al nivel de civilización, conformadas mediante el "*kin-country syndrome*" (el síndrome concierne a la política de alianzas que seguirán estados o grupos involucrados en guerra, los cuales buscarán obtener el apoyo de los

⁷ En términos teórico-metodológicos, una variable sistémica no es suficiente para explicar un aspecto específico de la política exterior de un Estado, en este caso una alianza con países determinados. Dicho objetivo analítico requeriría también tener en cuenta variables a nivel interno. Waltz, *op. cit.*, pp. 178-181.

que pertenecen a su misma civilización) (p. 35). Las coaliciones, a su vez, se transforman en actores que enfrentan una realidad tendiente a suma cero, por la forma misma en que supuestamente definen sus intereses (es decir con base en su pertenencia a una civilización). En términos teóricos, la variable de civilización tiene el efecto de disminuir en cierto grado el efecto de la "anarquía" del sistema internacional sobre las interacciones entre estados de una misma civilización. En relación con coaliciones opuestas, cada una representando a civilizaciones diferentes, el efecto de la "anarquía" se mantiene con toda su fuerza.

Así pues, el autor crea un desfase entre la realidad que enfrentan estados de una misma civilización y los que poseen culturas sustancialmente diferentes. Dicho argumento lo lleva a concluir que aunque puedan existir conflictos entre los primeros estados, éstos serán de intensidad menor y de consecuencias limitadas para el sistema internacional (p. 38). En contraste, los conflictos entre las coaliciones de estados de diferentes civilizaciones serán extremadamente intensos y tendrán consecuencias directas sobre el sistema internacional (p. 48). Aunque presente, la dinámica de balance de poder se llevará a cabo únicamente entre las distintas civilizaciones. Las coaliciones que se conformen entre estados se darán con base en el criterio de pertenencia a una misma civilización. La lucha consistirá en competir por un mayor poderío relativo, militar y económico, y por un mayor control sobre las instituciones internacionales y por terceros estados (p. 29). De ahí que sugiera la existencia, en la actualidad, de una alianza islámica-confuciana que buscaría balancear la supuesta cúspide de poder del Occidente (p. 45).

Cabe señalar una inconsistencia concerniente al supuesto efecto de la lógica de civilización sobre dicha dinámica del sistema internacional, la cual Huntington, implícitamente, considera que se está imponiendo sobre los estados (p. 29), lo que contrasta con la existencia de opciones de política internacional de los estados. Por un lado, los estados tienden a formular sus intereses respecto de criterios estrictamente culturales, lo cual favorecería que los estados constituyeran alianzas basadas en una civilización común (p. 38). Por otro lado, los estados siguen teniendo opciones de políticas de balance de poder, de unirse al más fuerte o de aislamiento (p. 41). Es decir, parecerían seguir definiendo sus intereses y opciones de política exterior con base en criterios políticos principalmente de poder y no culturales.

Dicha inconsistencia está directamente relacionada con el papel

que supuestamente desempeñan las "élites", el cual es definido insuficiente y contradictoriamente. Las "élites" son parte del pueblo, es decir, definen sus "valores" con base en los términos de la civilización a la que pertenecen (p. 26); sin embargo, tienen un alto grado de flexibilidad en torno de la definición de su propia identidad, al igual que la de su propio país frente a la comunidad internacional (como lo demuestra el caso de los países desgarrados) (p. 48). Las "élites", por lo tanto, parecerían no estar sujetas al efecto determinante de la variable de civilización.

Dicho elemento explica, en cierta medida, que sea posible llevar a cabo políticas de balance de poder frente a una civilización predominante por medio de alianzas entre estados de diferentes civilizaciones (p. 37). Esta posibilidad contradice las afirmaciones del autor en el sentido de que la variable civilización, y sobre todo el elemento religioso, intensifican y refuerzan las diferencias básicas entre civilizaciones. Para él, son dichas diferencias las que constituyen la causa central de los conflictos futuros en vista de la forma en que los estados definen sus intereses, y por lo tanto deberían imposibilitar una alianza entre diferentes civilizaciones.

En resumen, la dinámica y política de balance de poder entre diferentes civilizaciones está sujeta a los intereses propios de los estados mientras que, en contraste, éstos definen sus políticas de alianza en relación a estados de culturas similares únicamente de acuerdo con criterios de civilización (no sus intereses seculares). Dicha argumentación introduce arbitrariamente distintos criterios con base en los cuales los estados supuestamente definen sus políticas exteriores (dependiendo de la clasificación cultural del Estado al que se enfrenten). En general, el autor tiende a mezclar la cuestión de la dinámica del sistema con la de definición de opciones de políticas exteriores, resultado de la falta de claridad teórica entre la relación de pueblos/civilizaciones y estados/intereses sistémicos, anteriormente señalada.

Conclusiones

La hipótesis de Huntington no permite señalar, en términos sistémicos-analíticos generales, los motivos por los cuales se dan coaliciones de estados que incluyen a países de diferentes civilizaciones, o por qué la intensidad, localización geográfica de los conflictos, o su efecto sobre el sistema internacional no se ven determinados por factores de civi-

lización.⁸ Baste mencionar como ejemplo el caso de Iraq-Kuwait, que se situó lejos de las zonas geográficas que él denomina "fallas entre civilizaciones", y que involucró inicialmente a dos países islámicos.⁹

Al confundir interés con civilización el autor elimina opciones de política exterior, basadas estrictamente en el interés de Estado, y transforma la dinámica del sistema internacional a una pseudo-realidad cultural maniquea. Las contradicciones e incongruencias metodológicas y teóricas que hemos señalado surgen de la forma arbitraria con la que maneja la variable de civilización; la de poder (capacidades); el efecto de las dos sobre los criterios que los estados emplean para definir sus intereses y su política exterior, y, por último, el papel de ambas respecto de la influencia de la "anarquía" del sistema internacional sobre las interacciones estratégicas entre los estados.

Como los neorrealistas lo destacan, las interacciones estratégicas entre estados no tienen por qué tender necesariamente a una relación de suma cero.¹⁰ El balance de poder representa la dinámica dominante del sistema.¹¹ La conformación de coaliciones se basa en percepciones de intereses propios por parte de cada Estado y no en consideraciones culturales. Los estados persiguen políticas de balance de poder, de alianza con el más poderoso, o de aislamiento, con base en sus propios intereses y objetivos, sin que la presencia o inexistencia de afinidades culturales sea un elemento a tener en cuenta.

⁸ Para una perspectiva neorrealista de la conformación de coaliciones referirse a Stephen M. Walt, *The Origins of Alliances*, Ithaca, Cornell University Press, 1987.

⁹ Jeane J. Kirkpatrick, "Tradition and Change", *Foreign Affairs*, vol. 72, núm. 4, septiembre-octubre de 1993, p. 23.

¹⁰ Kenneth A. Oye (ed.), *Cooperation Under Anarchy*, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1986.

¹¹ Waltz, *op. cit.*, pp. 181-189.